

AMAZONÍA SIN PETRÓLEO

Historias para
cambiar la historia

Ivonne Yáñez
Coordinadora





AMAZONÍA SIN PETRÓLEO

Historias para
cambiar la historia

Ivonne Yáñez
(Coordinadora)



ABYA
YALA

2023



AMAZONÍA SIN PETRÓLEO

Historias para
cambiar la historia

© *Ivonne Yánez, Milagros Aguirre, Pablo Jarrín-V, Nicolás Cuvi, Jorje I. Zalles, Felipe Terán Romo Leroux, Alexandra Almeida, Patricia Bermúdez, Saúl Uribe, Ivette Vallejo, Andrés Vallejo Espinosa, Manuel Bayón Jiménez, Melissa Moreano Venegas, Alberto Acosta, Pablo Fajardo*

1ra edición: © Ediciones Abya Yala, Quito-Ecuador
Av. 12 de Octubre N24-22 y Wilson bloque A
Telfs: (593 2) 250 6267 / (593 2) 396 2800
e-mail: editorial@abyayala.org.ec
abyayala.org.ec
Quito-Ecuador

Edición de textos: Juan Sebastián Martínez

Diseño y diagramación: Manthra comunicación · info@manthra.ec

Revisión de estilo e impresión: Abya-Yala, Quito, Ecuador

ISBN: 978-9942-09-875-7

ISBN digital: 978-9942-09-876-4

Tiraje: 100 ejemplares

Impreso en Quito-Ecuador, abril de 2023.

El contenido de este libro es de exclusiva responsabilidad de los autores



LA SANGRE DE LA TIERRA

5

Patricia Bermúdez A.
Saúl Uribe T.

Transcurría la década de 1970, Ecuador quería insertarse en las lógicas y dinámicas de la economía extractiva de materias primas, y en la promesa del petróleo y sus dádivas para el progreso, con una sociedad empobrecida y sumida en la desigualdad social, política y económica. Esto permitiría la consolidación del Estado, y de un nuevo modelo económico que pondría en funcionamiento los privilegios de la modernización de la Amazonía y el desarrollo tecno industrial del país. Sin embargo, y para sorpresa de todos, los procesos exploratorios de la industria petrolera jamás arrojaron resultados positivos.

El anhelado progreso de la población amazónica y la modernización institucional del Estado se esfumaron, como el humo oscuro del tabaco que



Pedro fumaba reclinado en una centenaria ceiba en Campanococha¹. El profesor indígena kichwa del Napo sintió que el universo le sonreía; había deseado tanto librarse del petróleo y de la inminente destrucción de su hábitat y cultura que, ahora, el sutil susurro de la selva le otorgaba el triunfo, y la sabiduría de la naturaleza se escuchaba por doquier; sonidos que nacían de los ríos, las montañas, bajo las piedras. Pedro, conocedor del lenguaje de los antepasados, escuchó con atención, el *samay*² seguía vivo, alimentando la selva y a todos sus habitantes, salvaguardando sus riquezas.

Pedro me contó, en innumerables conversaciones —entre el sonido arrullador de *wayra*³ y el crepitar de los maderos consumiéndose lentamente en la tulpá de su casa— que los ancestros lo visitaban, le revelaban secretos remotos y le advertían sobre peligros futuros. Un día, en la madrugada, mientras tomábamos guayusa, sus ojos se aclararon con un brillo misterioso, me dijo: “me dicen que los hombres blancos pierden el sentido de la vida con el poder, que el dinero los hace incrédulos”. Se silenció, —prosiguió—, “es un completo disparate pensar que el modelo de exportación primaria sea la salida a la desigualdad que los mismos mercados extractivos crearon a lo largo de la historia. De haberse descubierto el petróleo se habría originado una concentración de la riqueza, debilitado nuestra sociedad y fomentado la destrucción de la selva”, calló. Pensé que Pedro enunciaba palabras proféticas, de profunda sabiduría.

Un día, Pedro me pidió que lo acompañara a su *chakra*⁴. Mientras caminábamos bajo los árboles, una suave brisa nos detuvo. Él sonrió y me dijo: “nos acompañan, están vivos, como tú y como yo, y esta tarde están aquí, van con nosotros”. Seguimos por un pequeño sendero; “estos viejos

-
- 1 Poblado ubicado a orillas del río Napo, cantón Tena, provincia de Napo, Alta Amazonía ecuatoriana.
 - 2 En la mitología kichwa amazónica, el *samay* es el poder creador de los seres humanos y el mundo.
 - 3 Palabra de la lengua *runa shimi* que se traduce como *viento*.
 - 4 La *chakra* es la unidad doméstica donde se cultivan productos de pan coger, entre ellos la yuca y el plátano.



El árbol que ves —me dijo—, agradecen al *samay* de que los *mishus*⁵ no encontraran petróleo. Nuestra selva está a salvo de la planificación y la codicia económica de grandes capitales extranjeros, cuyo dinero siembra la guerra y el hambre. Esta selva, la de todos nosotros, ahora está lejos de países cuyos intereses se centran en la destrucción, y la búsqueda incesante de recursos que garantizan la dominación de unos hombres, sobre otros hombres y la naturaleza”. Yo, me quedé callado, escuchando.

Luego, caminamos en silencio: cómo era posible que los árboles y la naturaleza hablaran con Pedro. Él se detuvo y me dijo —como si leyera mi mente— “ven, coloca tu oído sobre esta piedra”. Me acerqué con desconfianza a la enorme roca cubierta de musgo y líquenes, coloqué mis manos sobre ella, sentí la humedad, acerqué mi oído y cerré los ojos. Al principio no escuché nada, salvo el canto de las guacamayas y el sonido del viento chocando con las ramas de los árboles. De repente, una suave voz salió de la roca: “Sin petróleo —expresó la enorme deidad— evitamos la expansión del poder capitalista sobre nuestros territorios y logramos detener a los hombres y sus máquinas con las que extraerán nuestras entrañas. Los seres humanos no han entendido que nuestro hábitat no es propicio para la producción de excedentes y, menos aún, para la incorporación y la circulación de capitales que matan lentamente la Amazonía”. Sus palabras me dejaron perplejo, escuché, me hablaba a mí. Sentí que la enorme roca respiraba, se movía y se acomodaba para revelar sus pensamientos. “Sin petróleo, los procesos de integración mundial y las relaciones de poder capitalista no podrán crear un desarrollo desigual, asimétrico y excluyente de nuestra gente y la tuya, tal cual plantea la racionalidad técnica e instrumental del capitalismo”.

Recordé, entonces, que en la universidad había escuchado al profesor de historia hablar sobre algo similar a lo que la gran roca me estaba diciendo. En aquella época, el profesor tomó un pequeño libro, lo abrió y leyó sobre el capitalismo. De aquella lectura solo recuerdo que dijo que la producción intensificada de los medios de destrucción, el despilfarro metódico de los recursos, y las facultades humanas eran procesos continuos

5 Palabra de la lengua *runa shimi* que se traduce como *mestizo*.



y sin retroceso alguno. A decir verdad, en ese momento de mi vida no entendí nada, salvo que debía continuar estudiando para llegar lejos, o al menos eso era lo que promovía la educación en la que me formé.

Transcurría la década de 1970 y los militares tenían el control del país, lo habían conseguido tras haber propinado un golpe de Estado el 15 de febrero de 1972 que selló el destino político del presidente José María Velasco Ibarra. Con los militares en el poder, se inauguró lo que se llamó el desarrollismo militar, una dictadura de corte nacionalista que aplicó la Constitución de 1945, ligeramente progresista, y un estado de sitio de más de cuatro años. Para Pedro, los planes de explotar el petróleo se desvanecieron tras un mar de falsas expectativas. La selva escapó del moderno sistema de integración capitalista que, de haberse descubierto petróleo, habría hecho de Ecuador una nación periférica, dispensa de recursos para el desarrollo tecnológico e industrial, en detrimento y destrucción de la selva. Por suerte, el Ecuador, en agosto de 1972, no logró ingresar en el mercado mundial de materias primas, sus exportaciones petroleras solo fueron ilusiones y expectativas rotas, esta vez, triunfó la selva. Ni los militares, y menos aún, las élites burguesas de la época esperaban tal revés. Jamás ponderaron que sus inversiones, en su calidad histórica de empresarios y grandes exportadores de cacao y banano, se verían afectadas con el trágico infortunio de no hallar petróleo en la Amazonía. El sueño de las élites burguesas, de configurar una estructura económica, social y política que asegurara su primacía como grupo hegemónico en el poder, se veía truncado por los ancestros de Pedro que actuaron en contra de la explotación y la desigualdad que procuraron instalar en el país.

Pedro me tomó del hombro y separó mi cabeza de la gran roca, continuamos caminando. Tras un largo silencio, me preguntó: “¿Ahora crees en lo que te digo?”. En ese instante no supe qué responder. Oí que todo me hablaba, algo me habitaba. Sentimientos contradictorios, imágenes de una selva viva. Pedro se detuvo, sacó de su *shigra*⁶ una semilla y sin mediar palabra me la entregó. La apreté con fuerza en mi mano y sentí, por un

6 Mochila tejida de la fibra vegetal.



momento, algo reconfortante en mi vida; para luego sentirme destrozado, pensando cómo los intereses de un puñado de personas y sus capitales pretendían destruir la selva, el hábitat de sus habitantes; qué hubiese sucedido si se daba la explotación de petróleo. Sin lugar a duda, este fenómeno hubiese ocasionado la transformación acelerada de la Amazonía, el cambio vertiginoso de la industrialización del país, y la consolidación de un nuevo escenario económico; originando una nueva división de clases sociales, la posterior producción de espacios destinados a la reproducción del capital, y la consiguiente desposesión y desterritorialización de territorios y formas de vida como las de Pedro, su familia, las personas de las comunidades.

El camino a la *chakra* se hizo difícil y eterno, el sendero desaparecía a cada paso, era evidente que nos internábamos más y más en el espeso bosque. En silencio y, decidido a mostrarme los saberes de la selva, Pedro siguió el camino, siempre sonriendo. De repente, señaló un gran árbol. “Justo ahí —dijo Pedro—, están los restos de algunos de mis antepasados. Era niño cuando *Rucuyaya*⁷ Adalberto, mi abuelo, me contó historias sobre los seres que cuidan la selva”. Se acercó al árbol, susurrándole palabras en su lengua materna *runa shimi*.⁸ “Recostaré mi alma sobre este ceibo”, se inclinó, se sentó y descansó su espalda. “¡Ven!”. Sin dudarle, me senté junto a él, y de su shigra sacó una pequeña botella de líquido oscuro, tomó un poco y me la dio. Tenía un sabor agradable. Pedro me explicó que era una mezcla de plantas con mucho poder, y que gracias a ellas me acercaría más a esos antepasados, ahí presentes. Al cabo de unos minutos, mis sentidos se agudizaron y la selva me habló. Sentí cómo el enorme árbol me transportaba, mientras Pedro agitaba un manojo de hojas secas y cantaba en su lengua. No pasó mucho tiempo, y me vi sentado a orillas del majestuoso río Napo.

Ví correr el agua, las piedras, la espuma; la voz de los abuelos resonó, me decían que de descubrirse el petróleo, las contradicciones entre la

7 Palabra de la lengua *runa shimi* que significa *abuelo*.

8 Lengua aglutinante hablada por los indígenas kichwa amazónicos.



naturaleza y la sociedad nos conducirían más rápido a la destrucción humana. Ellos no comprendían la extraña voluntad universal de acentuar las condiciones de indigencia originada por la marcha incesante del progreso humano. Sus palabras resonaron en mí, sin duda, la región Amazónica, históricamente, se ha caracterizado por este choque ontológico de visiones contradictorias. La técnica instrumentalizada de la ciencia y su afán por la reproducción de capitales, se impone sobre la visión de personas como Pedro, que ven en la selva la posibilidad de reproducir su cultura y de sostener la vida. Las voces siguieron junto al sonido del río, me contaron que el petróleo crearía un desequilibrio social, ocasionando la imposición de visiones hegemónicas del desarrollo, y arriesgando toda la vida en la selva. Además, se consolidaría un proceso político y económico, cuya maquinaria de muerte y destrucción daría origen a un nuevo ordenamiento mundial, a expensas de sociedades que aceptarían vivir el desarraigo, la muerte y la desigualdad que crearía la acumulación de riqueza. “De encontrar petróleo —prosiguieron los abuelos—, significará la muerte lenta de la selva y la disputa por el control territorial de la riqueza”. Sus voces, también, advertieron que el Estado ecuatoriano se caracterizaría en los años venideros como una pieza clave del juego petrolero, pues transformaría profundamente las estructuras de la sociedad ecuatoriana e impulsaría procesos de urbanización y división desigual del trabajo. Las múltiples transformaciones serían más evidentes en la región amazónica, no solo porque cambiarían los valores y las estructuras sociales, sino también las imágenes y los imaginarios de la selva.

Cayó la tarde, y los grandes árboles despertaron la noche, las criaturas nocturnas aparecieron, el canto de los grillos. Pedro apiló un poco de ramas secas y encendió el fuego que iluminó nuestros rostros. Entre destellos de luz, advertí la presencia de grandes sombras que se movían entre los árboles que nos acogían. Pedro sonreía en silencio. Al cabo de unos minutos me dijo: “Nosotros, los pueblos que habitamos esta selva, somos extraños y misteriosos a los ojos de quienes viven en las ciudades, pero no tardará mucho tiempo en que nos vean como botánicos y hábiles médicos, y que nuestros saberes sean usurpados, servirán a otros hombres para tener la riqueza que nos empobrecerá”.



Las agudas palabras de Pedro llevaron implícita la desigualdad geográfica que genera la acumulación del capital. Ecuador en la década de 1970 soñaba con ser el nuevo rico, un país solvente y receptor de créditos extranjeros con el descubrimiento del petróleo. Siempre pensé que la ilusión del desarrollo conllevaría un excesivo endeudamiento y la coerción de la política nacional a las condiciones de organismos multilaterales, un costo a pagar muy alto para un país que soñaba con ser importante en el mundo de los hidrocarburos. La noche transcurrió lentamente entre los cantos y silencios de Pedro, los sonidos de la selva y las visiones que traían los expertos viajeros del tiempo. A mí, me seguían llegando palabras que advertían de un futuro en el que la política nacional se alinearía al neoliberalismo y crearía un gran número de crisis sociales condicionadas por la economía petrolera. La deuda era inminente y la economía del país condenaría a la sociedad ecuatoriana a un eterno empobrecimiento que, además, subordinaría el aparato gubernamental a las imposiciones de organismos multilaterales.

En ese momento, una ráfaga de viento azotó mi cuerpo y la figura translúcida del abuelo de Pedro, *Rucuyaya* Adalberto, estaba frente a mí. “Escucha muy bien, no lo repetiré. Aquello que llaman deuda externa, será el factor fundamental para que el país y la selva amazónica caigan ante el neoliberalismo, desaparecerán el acceso, la inclusión social y la inversión del Estado, saciarán las fauces de hombres que vendrán de tierras lejanas con su riqueza a someter el país”. No comprendí cómo esta voz del pasado oteaba el futuro. Las sabias palabras de *Rucuyaya* Adalberto desbordaron mi capacidad de entendimiento, lo que nos esperaría como sociedad si se descubriera el petróleo. Los esfuerzos del Estado ecuatoriano por descubrir y explotar petróleo sellarían el futuro miserable de millones de personas que tendríamos que experimentar el crecimiento y la acumulación de capitales en manos de un minúsculo puñado de mezquinos; quienes, sin escrúpulo alguno, promoverían el debilitamiento de la política económica y la creación sucesiva de la crisis social. Todas las imágenes eran aterradoras, sentí miedo del futuro. La oscuridad de la noche menguaba entre el sonido envolvente de la selva; la tranquilidad retornaba a mi cuerpo que yacía tendido sobre la hojarasca del suelo. Sentí cómo el sol calentaba mi rostro, había perdido la noción del tiempo;



sin embargo, Pedro estaba despierto, sentado sobre una roca cercana agitando el manojito de hojas y cantando en su lengua *runa shimi*.

Al percatarse de que ya estaba despierto, regresó su mirada y me dijo: “Ven, cuéntame qué se te reveló”. No podía recordarlo, Pedro sacó, otra vez, de su shigra un par de hojas. “Másticalas, te sentirás mejor”. En efecto, unos minutos después recordé las revelaciones que me hicieron los ancestros de Pedro, cuidadores de la selva y sus habitantes. Me levanté, sentándome en la misma roca en la que estaba Pedro.

—Las visiones que he tenido son aterradoras. El petróleo significa la muerte lenta de la seiva, traerá el sufrimiento de las personas y la destrucción de los grandes espíritus que la habitan —no pude contener las lágrimas, Pedro suspiro y de sus ojos se deslizaron dos gotas de vida.

—Continúa —me dijo.

—Las visiones me revelaron cómo la planificación estatal del presidente Rodríguez Lara instaurará un conjunto de reformas y políticas que conllevarán la destrucción de la selva. La bonanza petrolera enfermará de gravedad a las comunidades, se impondrán nuevos medios de transporte que intensificarán las comunicaciones como estrategia para la comercialización del petróleo.

Pedro escuchó atentamente cada una de las palabras que dije, era inevitable, éstas le afectaban. Pedro y yo no entendíamos cómo el Estado ecuatoriano pretendía destruir la selva. La venta del petróleo les significaría a los operadores privados un precio estipulado de venta para 1974 de 3,50 dólares el barril, de esta mínima cantidad, al país le quedaría 0,02 dólares, la pérdida de sus ecosistemas y la transformación acelerada y violenta de las sociedades amazónicas. El afán del país y los grupos económicos por encontrar petróleo llevaría a que el presidente Rodríguez Lara empeñara esfuerzos exploratorios para la extracción y la comercialización, para hacer sangrar a la tierra. En el país sabíamos que el Estado ecuatoriano había adquirido compromisos con agentes internacionales



cuyo interés era la adjudicación de grandes extensiones de selva para ser exploradas y explotadas.

Por un instante, Pedro posó su mirada sobre un pequeño ciempiés que se abría paso en el follaje de la selva y dijo: “Las visiones, las voces han susurrado que la tierra será lastimada y que una gran serpiente de hierro se llevará la sangre de la selva”. Pedro no se equivocaba, los planes del gobierno ecuatoriano eran la perforación de 140 pozos y la construcción de un oleoducto que se extendería por 503 km de longitud hasta Balao, en la provincia de Esmeraldas. Las imágenes eran aterradoras, el futuro de la selva y su gente dependía de encontrar o no petróleo. Durante muchos días hablé con Pedro sobre las revelaciones que me habían hecho ese día los abuelos. La búsqueda de petróleo y futuros campos para su explotación continuó infructuosamente durante meses y las cargas explosivas utilizadas en la exploración sísmica estremecían la selva. Bajo la nostálgica luz de la tarde, Pedro y los espíritus agradecían por no permitir que se encontrara petróleo, nuestras palabras se atenuaron por el canto de las aves, el crujir de los árboles y la caricia suave del viento. Sin embargo, todos los esfuerzos estatales estaban empeñados en descubrir, a como diera lugar, el crudo que modernizaría el país.

Los intereses del Estado estaban orientados a modernizar las grandes urbes del país (Quito, Guayaquil y Cuenca), a expensas de la Amazonía que, para la época, aún se trataba de un territorio periférico, una selva incomprendida por la mayoría de los ecuatorianos que preservaban en su cabeza la imagen descrita por los conquistadores del siglo XVI o la imagen que tenía La Condamine, en el siglo XVIII, de una selva llena de salvajes, incivilizados y pobres de ingenio, por no decir estúpidos. En los planes del Estado, la Amazonía representaba la solución a su iliquidez para cumplir las necesidades crecientes de una sociedad que añoraba ser moderna y globalizada, antídoto para superar los complejos de inferioridad de una clase burguesa, que comparaba sus minúsculas ciudades con la Atenas de Heródoto o el París de Baudelaire, pero en las faldas de los grandes volcanes que conforman los Andes ecuatoriales.



Mis sentimientos se llenaron de contradicciones. Preservar la selva o suplir las necesidades de una sociedad, cuyos límites de la razón se hallarán en el consumo y el deterioro de la vida. Jamás había sentido tanta angustia. Pedro observaba los últimos rayos del sol que teníamos ante nuestros ojos. “Mañana será otro día —me dijo mientras se ponía de pie—. Ven, caminemos un poco, pronto nos alcanzará nuevamente la noche”. Me puse de pie y caminé en silencio junto a él. Al llegar a su casa, atizamos el fuego, cientos de chispas incandescentes ascendieron con el humo. Pedro se sentó sobre un pequeño banco cuya forma semejaba la de un jaguar. “Esas chispas de fuego superan el tiempo. El legado es infinito, pero siempre dependerá de esta selva, de quienes la habitamos y de personas como tú”.

Las palabras de Pedro eran profundas y cargadas de mucho conocimiento. Su voz pausada, y sus prolongados silencios daban la sensación de que pensaba meticulosamente todo lo que me decía. Esa noche me fui a la hamaca con profunda tristeza, intenté dormir, pero me asaltó la angustia. Pensé en los efectos que traería el petróleo sobre las comunidades amazónicas, imágenes de grandes centros poblados e instituciones dedicadas a ofertar todo tipo de bienes y servicios, a una sociedad que le crearían necesidades para satisfacer el consumo y alimentar la sed insaciable del capitalismo. Vi a Pedro y a todos los kichwas trabajar como obreros de las petroleras, transformando la naturaleza con sofisticadas herramientas y recibiendo las migajas del progreso. Lloré tanto esa noche, acompañado de una fuerte brisa que horas más tarde se convertiría en una gran tormenta.

Nunca supe a qué hora me venció el sueño. Lo cierto es que, al despertar, Pedro ya había salido, su hamaca yacía vacía y el fuego a duras penas estaba encendido. Quise levantarme, pero aún caía una leve lluvia que arrullaba mi pesadumbre. Observé cómo una gran hilera de hormigas cruzaba por el piso polvoriento de la casa, descuartizando todo animal a su paso. “¡Son congas! —exclamó Pedro al entrar a la casa—. Huyen del agua, van a lugares altos y en su paso por las casas de los kichwas, las limpian de toda clase de insectos, son furiosas y no dudarán en morderte”. Me incorporé lentamente, sin ánimo de fastidiar a tan feroz ejército. Pedro



había regresado con yucas, plátanos y unos pequeños bagres que había pescado. Avivé el fuego mientras Pedro pelaba las yucas, en ese momento quise contarle mis preocupaciones, pero preferí guardar silencio, era suficiente con todo lo que había vivido durante el tiempo compartido. “¡Hoy comeremos *maito*!”⁹, sonrió Pedro, mientras acomodaba la tiznada olla sobre la tulpa. Ese día la lluvia acarició las hojas verdes de los grandes árboles, el sonido de las gotas de agua sobre el follaje de la selva creó una atmósfera para la contemplación y el recuerdo.

Al día siguiente, emprendería mi regreso al caótico mundo urbano, la vida laboral, las aburridas reuniones, el ejército de obreros marchando de piso en piso, de caile en calle. Pensé en la infelicidad que me produce la ciudad, mi trabajo. Creo que el sentimiento era tan notorio que Pedro terminó por invitarme a vivir en su casa. “Santiago, la vida consiste en tomar decisiones y tú debes hacerlo ahora”. Empaqué mi mochila en silencio, doblé los mapas que tenía sobre una mesa, guardé las secuencias de perforación que durante meses había trazado y hojeé las libretas de campo en las que había escrito cientos de datos sobre el potencial petrolero que descansaba bajo nuestros pies.

Tomé un mapa, el más importante de todos. Me acerqué a la tulpa y por un momento dudé de lo que quería hacer: el futuro de mi vida, la vida de Pedro, la de sus ancestros y la selva estaba en mis manos. Ese mapa significaba todo por lo que había sido enviado a la selva: encontrar petróleo a cualquier costo. Lo que había vivido con Pedro y las visiones de un futuro aterrador atravesaron mi humanidad como un rayo, dejé caer el mapa sobre el fuego, en él estaban todos los puntos donde habíamos hallado petróleo. Las llamas consumieron las expectativas del país y su afán por ingresar a la lista de países exportadores de petróleo. Una columna de humo oscureció el sueño de la modernidad tardía de los ecuatorianos y sus ansias fallidas de estar a la vanguardia de las sociedades latinoamericanas a expensas de la sangre de la tierra.

9 Comida típica de origen indígena que contiene yuca y pescado cocinados. Se sirve en hojas de bijao (*Calathea lutea*) y se acompaña con hierbas silvestres.



Referencias bibliográficas consultadas:

- Acosta, A. (2001). Breve historia económica del Ecuador (Segunda edición). Corporación Editora Nacional.
- Acosta, A. (2003). Petróleo sin desarrollo. En *El oriente es un mito* (pp. 17-18). Ediciones Abya-Yala.
- Acosta, A. (2009). *La maldición de la abundancia*. Ediciones Abya-Yala.
- Benjamín, W. (2008). Tesis sobre la filosofía de la historia. Itaca.
- Benjamín, W. (2014). *El capitalismo como religión*. La llama.
- Bocco, A. (1987). *Auge petrolero*. Corporación Editora Nacional.
- Dos Santos, T. (2011). *Imperialismo y dependencia*. Ayacucho.
- Falconí, F. (2014). *Al sur de las decisiones*. El Conejo.
- Girón, A. (2008). Fondo Monetario Internacional: de la estabilidad a la inestabilidad. En G. Lechini, *La globalización y el consenso de Washington* (pp. 45-61). CLACSO.
- Harvey, D. (2000). *Espacios de esperanza*. Akal.
- Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Akal.
- Harvey, D. (2007). *Notas hacia una teoría del desarrollo geográfico desigual*. Geobaires.
- Marcuse, H. (1968). *El hombre unidimensional*. Orbis.



- Marcuse, H. (2010). Contribuciones a una fenomenología del materialismo histórico. Plaza y Valdés.
- Marcuse, H. (2016). Sobre Marx y Heidegger: Escritos filosóficos 1932-1933. Biblioteca nueva.
- Marx, K. (1980). Manuscritos economía y filosofía. Alianza.
- Mayoral, F. (2009). Estado y mercado en la historia del Ecuador: Desde los años 50 hasta el gobierno de Rafael Correa. Nueva Sociedad, (221), 120-136.
- Mészáros, I. (2009). La crisis estructural del capital. Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información.
- Oleas, J. (2013). Ecuador 1972-1999: Del desarrollismo petrolero al ajuste neoliberal. Universidad Simón Bolívar.
- Poulantzas, N. (1969). Hegemonía y dominación en el Estado Moderno. Siglo XXI.
- Rivero, O. (2007). El mito del desarrollo: Los estados inviables del siglo XIX. Fondo de Cultura Económica.
- Santos, M. (1994). Por otra globalización. Convenio Andrés Bello.
- Schmidt, A. (1976). El concepto de naturaleza en Marx. Siglo XXI.

¿Qué habría pasado si no se encontraba petróleo en la Amazonía ecuatoriana? Con esa premisa, Acción Ecológica invitó a un grupo de articulistas a imaginar un futuro sin petróleo y a escribir sobre las experiencias que ha dejado la industria en un lugar tan rico y a la vez, tan sensible.

De esa convocatoria nace esta publicación que recoge nueve ensayos con reflexiones sobre la historia, la organización y la resistencia de las comunidades que han sido afectadas por la explotación petrolera. Además, esta publicación, junto a un libro de cuentos infantiles publicado en 2022 con la misma temática, forman una dupla que invita a soñar y a comprometerse con el cuidado de la selva y de los pueblos que la habitan.

